
This is the **published version** of the bachelor thesis:

González Muñoz, Ana Belén; Morros, Bienvenido, dir. La evolución de la melancolía en la literatura. 2016. 43 pag. (836 Grau en Estudis d'Anglès i Espanyol)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/166553>

under the terms of the  license

LA EVOLUCIÓN DE LA MELANCOLÍA EN LA LITERATURA

Ana Belén González Muñoz
Tutor: Bienvenido Morros Mestre
Grado: Estudios de inglés y español
Curso 2015 – 2016

Bienvenido Morros

CONTENTS

1. INTRODUCCIÓN	3
2. LOS HUMORES EN LA TRADICIÓN LITERARIA	4
3. EDAD MEDIA	7
3.1 Melancolía adusta y amor hereos.....	9
4. SIGLOS DE ORO	12
4.1 La melancolía en la bucólica	13
4.2 La melancolía intelectual	15
4.3 Bajo el signo de Saturno	20
5. ILUSTRACIÓN	21
6. ROMANTICISMO	23
7. CONCLUSIONES.....	25
8. BIBLIOGRAFÍA	27
9. ANEXOS.....	29

1. INTRODUCCIÓN

Desde la Grecia clásica, la teoría de los humores de Hipócrates ha supuesto la base de la medicina occidental, abarcando todos los periodos históricos hasta finales del s. XIX. Es casi ocioso decir que su influencia en la tradición literaria ha sido sustancial. Para caracterizar a los personajes literarios que comprenden estos siglos es necesario recurrir a todas las hipótesis que han ido complementando esta creencia a lo largo de la historia, puesto que sus personalidades o actitudes estaban condicionadas según el humor que imperaba en la fisiología de cada uno, de su desequilibrio o equilibrio humoral. En el caso de la bilis negra (principal fuente de la melancolía), las teorías médicas afirmaban que su lugar de origen era el bazo, lugar en el que residía la alegría. En griego, la palabra bazo se llamaba «splên», término que adoptaron los ingleses transformándolo en *spleen* y con el que hacen referencia “al estado de ánimo provocado por una alteración de dicha víscera y que se caracterizaría por una tristeza continua y una apatía incurable que poco a poco conducen a la desesperación y acaban a menudo en el suicidio” (De Diego, 1998:19). Ocurría, pues, que, cuando el bazo estaba contaminado por esa sustancia negra, consecuentemente esa alegría se transformaba en melancolía, su contrario. A mediados del siglo XIX, Baudelaire retomará esta palabra para referirse al tedio, al aburrimiento al que se somete el ser humano moderno y al tiempo que pasa sin cesar en contraposición a ese estatismo que envuelve la sociedad moderna. Es ese *spleen* la palabra para designar el punto álgido de la melancolía en la historia occidental.

En este trabajo se va a proceder al estudio de este humor (o temperamento) melancólico (es decir, relacionado con la bilis negra) y como ha ido evolucionando a lo largo de la historia en la literatura hasta principios del siglo XIX, sin llegar a abarcar la literatura moderna y la aparición del humor linfático característico, especialmente, en las mujeres de finales de siglo como Emma Bovar, quien encarna mejor la figura de la mujer aburrida y melancólica frente a esa parálisis mundanal.

2. LOS HUMORES EN LA TRADICIÓN LITERARIA

La medicina occidental se remonta a la antigüedad clásica. Fue en un contexto de cambios entre los siglos VIII y VI a.C. en la Magna Grecia cuando se propiciaron los primeros sistemas cosmológicos racionales. Esta medicina estaba estrechamente relacionada con la magia (como ocurre con la tradición cosmológica de Saturno en cuanto a la melancolía), normalmente vinculada a los templos y santuarios de Apolo (dios que cura) y a su hijo, Asclepios que, a partir del s. V, representado con una serpiente y una vara, se convirtió en el símbolo de la medicina. Frente a estas creencias mitológicas, el pensamiento filosófico fue decisivo. De la mano de los filósofos presocráticos, se introduce la noción de *elemento* que, de la mano de Empédocles de Agrigento, conforma las primeras doctrinas sobre el cuerpo humano. Según este médico, el cuerpo humano estaba formado por materia (*aire, fuego, tierra y agua*) y sus cualidades (*calor, sequedad, frío y humedad*). La medicina tradicional griega recoge estas ideas en su doctrina de los *humores* posteriormente. Durante el s. VI a.C., en la Escuela del Cuerpo, se enfatizaba en la clasificación de las enfermedades. A esta escuela, pertenecía Hipócrates, el autor de la mayoría de tratados médicos que componen el *Corpus Hippocraticum*. Este *corpus* se basa en la creencia de que el cuerpo humano está formado por cuatro humores (la *sangre*, la *flema*, la *bilis amarilla* y la *bilis negra*) que, al mismo tiempo, acogen las tradiciones anteriores y representan a uno de esos elementos y sus cualidades. El equilibrio de estos humores garantizaba la salud del cuerpo humano. El desequilibrio de estos humores podía venir dado por causas internas o por factores externos como el clima, la alimentación o la geografía. El arte de curar consistía en volver al equilibrio humoral. Posteriormente, tras la decadencia de la Grecia helenística, ya en la etapa romana, Galeno aportó variaciones a la teoría de los cuatro humores: por las arterias circulaba también sangre y no sólo aire.

Como bien se ha mencionado anteriormente, medicina y filosofía estaban estrechamente relacionadas en la Grecia clásica. La noción de *alma* tenía gran relevancia durante esa época. Para hablar acerca de ella, es preciso utilizar las ideas que Platón expone en *Fedro*, puesto que en ellas se recoge una extensa tradición que perdura a lo largo de los siglos. Este filósofo ya introduce un concepto cuyo estudio se desarrollará posteriormente. Dice Sócrates en este diálogo que los enamorados están enfermos y, además, que esta enfermedad afecta a la mente, lugar donde reside el alma (“porque ellos mismos reconocen que no están sanos, sino enfermos, y saben, además, que

su mente desvaría; pero que, bien a su pesar, no son capaces de dominarse” (Platón, 776:2016)¹. A esta locura se le llamaba *manía* y debía de respetarse, ya que era una enfermedad que provenía directamente de los dioses y, por ello, era imposible que fuera mala. Por lo contrario, el hombre del futuro se encontraba en un estado amnésico que le impedía recordar las sensaciones reales que provenían del mundo de las Ideas (al que sólo los dioses podían acceder). Siendo, pues, una enfermedad que viene directamente de ese lugar, no puede ser negativa. Hay varias formas de locura, pero voy a centrarme en la cuarta (que va a ser la que afectará directamente en la melancolía). Ocurre, así, que las almas son inmortales y tienen la capacidad de reencarnarse. En el momento en que una alma queda capturada dentro de un cuerpo, se somete a un proceso de olvido y, de acuerdo con Sócrates, “conviene que, en efecto, el hombre se dé cuenta de lo que dicen las ideas, yendo de muchas sensaciones a aquello que se concentra en el pensamiento”. Aquellos que tienen mayor facilidad para acordarse (tener una “reminiscencia”) de su estado primigenio (de entre los cuales se resalta la figura del filósofo) se verán afectados por un estado de entusiasmo². Esa cuarta locura se da cuando, al contemplar la belleza de este mundo, se da un proceso de reminiscencia que despierta en la persona el anhelo de emprender un vuelo que le transporte al mundo de las Ideas. De esta manera, dice Sócrates, “al participe de esta manía, al amante de los bellos, se le llama enamorado”. Esa belleza nos llega mediante del sentido de la vista, por ello es “la más fina de las sensaciones”. Viaja a través de la mirada hacia el alma (pues es *pneuma*, es decir, aire) y se da un intercambio entre los amantes; en ese momento, uno vive en el otro:

Y semejante a un aire o a un eco que, rebotando de algo pulido y duro, vuelve de nuevo al punto de partida, así el manantial de la belleza vuelve al bello muchacho, a través de los ojos, camino natural hacia el alma, que, al recibirlo, se enciende y riega los orificios de las alas, e impulsa la salida de las plumas y llena, a su vez, de amor el alma del amado.

Sin embargo, la ausencia de esta belleza comporta a un estado de turbación del alma (lo que derivará en el amor hereos), produciéndose, así, un estado de inquietud y agitación nerviosa cuyas consecuencias, como se verá posteriormente en Aristóteles, serán algunos de los potenciadores de

¹ En adelante seguiré esta edición.

² Para Platón, la palabra “entusiasmo” significa, según la edición crítica de Antonio Pérez Gorri, “estar en lo divino”, es decir, “poseído por alguna divinidad”.

la bilis negra. Esto conllevará a producirla en exceso, desequilibrando los humores y generando melancolía en la persona afectada:

Sólo, en cambio se alegra, si le viene el recuerdo de la belleza del amado. Por la mezcla de estos sentimientos encontrados, se aflige ante lo absurdo de lo que le pasa, y no sabiendo por donde ir, se enfurece, y, así enfurecida, no puede dormir de noche ni parar de día y corre deseosa de adonde piensa que ha de ver al que lleva consigo la belleza.

Sin embargo, en los *Problemata*, obra atribuida a (pseudo)Aristóteles, se difiere con esta percepción platónica y corrige que, cuando se da esa manía, no se está en posesión de un dios, sino en posesión de la bilis negra.³ Las cualidades la bilis negra son las propiedades de frío y caliente (a pesar de que es fría por naturaleza) y su elemento es la tierra (aunque Aristóteles le añade también aire). Las personas dominadas por este humor suelen presentar abatimiento, ganas de aislarse, inestabilidad o apoplejía. Entre sus potenciadores, el vino es el que más la produce. Las cualidades del vino son muy parecidas a las de la bilis, pues tiene gran componente de aire. Son personas, además, con un deseo sexual muy desarrollado, ya que el sexo está relacionado con este elemento. El vino, que está estrechamente relacionado con Dioniso y Afrodita, incrementa aún más esa ansia sexual:

El vino incita al sexo, y con razón se dice que Dioniso y Afrodita están relacionados mutuamente, y que las personas de bilis negra son la mayoría lascivas. Pues el acto sexual tiene que ver con el aire interno. Prueba es el pene, cómo, de ser pequeño, aumenta de tamaño rápidamente porque se infla. (...) La emisión del esperma y su eyaculación se produce evidentemente por el empuje que ejerce el aire. (PseudoAristóteles, 2004: 386)

No obstante, la sequedad de este humor no permite la expulsión del suficiente líquido (pues las personas con bilis negra están infladas de aire) y eso conlleva a que, de todos los humores, el melancólico sea el más difícil de curar. Además, las personas dominadas por la bilis negra presentan personalidades muy contradictorias: si es el frío el que domina su organismo, serán seres tristes y si es el calor, serán seres alegres:

La bilis negra, que es fría por naturaleza y no se encuentra en la superficie, cuando está en la forma que se ha explicado, si hay un exceso en el cuerpo, provoca apoplejía, sopor,

³ Véase anexo 1

abatimiento o miedo; pero, si se calienta demasiado, produce alegría acompañada de canto, extravíos, erupción de llagas y otras cosas similares. (PseudoAristóteles, 387)

En todo caso, Aristóteles introduce un concepto de gran relevancia para entender cómo se produce esa locura por amor en su obra *De animi*, esto es, la *imago*. La “imagen” es algo que está “aprehendido por el *sensus communis* que llegará hasta el intelecto.” (Serés, 1996:63) No obstante, esta razón puede quedar ofuscada a causa de los calores del cuerpo y “hacer que prefiera «el bien particular al universal»; o sea, que no intervenga el intelecto, la parte racional del hombre, si este se limita a recrear (*cogitare*) la imagen sensitivamente aprehendida.⁴ Todo dependerá de la imaginación.” (Serés, 63). El hecho de que el hombre deforme a su semejanza esa Idea, esa imagen captada por el intelecto, produce una pérdida de la identidad de ésta. Aquí interviene el término de “fantasía” (*phantasia*),⁵ “la facultad intermedia entre el sentido común o la percepción y el intelecto o pensamiento, en tanto que participa de los dos.” (Serés, 64). Por lo tanto, lo que se capta a través de la vista no es sino una copia de la Belleza, pero no la Idea en sí. Por eso aparecen en la historia de la literatura universal tantos enfermos de amor y figuras como la del Don Juan. Son personajes que anhelan encontrarse con esa Belleza, aunque manchada por su imaginación, no consiguen más que desengaños que les produce ese estado de melancolía fatal.

3. EDAD MEDIA

Durante la Edad Media, las ciencias médicas mantuvieron la teoría hipocrática de los cuatro humores. La escolástica medieval todavía creía que el desequilibrio de esos humores producía enfermedades:

De hecho, la contaminación de la razón, el *Ligamentum rationis* de los escolásticos, constituía para el Tostado el final de un proceso que acababa mucho antes para los médicos, quienes llegan hasta la explicación física de afecciones cerebrales provocadas por un desequilibrio humoral, una desecación del cerebro a causa de la locura (Cátedra, 1989:61)

Sin embargo, durante estos siglos se seguía la tradición médica galénica que relacionaba ese temperamento melancólico con el elemento tierra, con la sequedad. Ya en el s. XI, Constantino el Africano escribe en latín el *Tratado de la Melancolía* donde recoge los diferentes tipos, sus

⁴ Véase anexo 2

⁵ Véase anexo 3

síntomas y curas.⁶ Por un lado, comienzan a aparecer los primeros síntomas de depresión en la literatura cortés (siempre relacionados con el amor) en los siglos XII y XIII. De acuerdo con todo lo que se ha explicado en el apartado anterior, es coherente que esto ocurriera. Si nos paramos a analizar por encima las pautas básicas del amor cortés, el enamoramiento ocurría en la mayor de las ocasiones a través de la vista. En otras, era un amor de oídas. En ambos casos, especialmente en el segundo, entra en juego en concepto de imaginación: el amante se crea una imagen falsa y de ella nace el deseo por conseguirla. Sin embargo, para alcanzar a la dama, primero debían de completar unas fases de cortejo previo (*Visus, alloquium, contactus, basia y factum*). Una vez completado el ciclo, el amante ya ha expulsado la bilis negra producida por el calor que le infunde el deseo y vuelve a su estado de equilibrio. En el caso de *Tristán e Iseo*, el enamoramiento por un filtro amoroso rompe con esta tradición cortés del amor y, tras beber el filtro y mirarse directamente a los ojos, quedan enamorados el uno del otro irremediablemente. En este caso, ocurre un amor como el que se expone en *Fedro* y en *El banquete*, en el que ambos amantes quedan atrapados por la Belleza y cuando se encuentran ausentes el uno del otro, llegan a enfermar físicamente a causa de esa melancolía que les produce el no tener delante esa imagen de belleza.

El libro del buen amor muestra las diferentes facetas de esos agentes que influyen en el desarrollo de esta enfermedad. Ya su título es muy simbólico en tanto que contrapone el concepto de *amor bueno* y *amor malo*. Como veremos en adelante, el amor que desarrolla Calisto en *La Celestina* pertenece a la segunda clase. Se hace referencia, además, a esa tradición cosmológica que derivaba de la mitología y la magia de la Grecia clásica: el Arcipestre de Hita nace bajo el símbolo de Venus (destaca por su carácter sanguíneo, caliente y húmedo). Sin embargo, aquellos nacidos bajo el símbolo de Saturno (propicios para el arte, el cultivo intelectual y la ciencia) presentarán las cualidades propias del humor melancólico por su frigidez y sequedad. Es importante remarcar que, en la Edad Media, la cosmología tiene gran relevancia, pues se creía que el hombre estaba formado por los cuatro elementos (y sus cualidades) que rigen el universo. De esta forma, se entendía como un microuniverso cuyos componentes deben de permanecer en armonía para su salud. Era el hombre un reflejo del universo y parte de él. Por otro lado, aparece la *abulia*, la melancolía propia de los curas y las monjas que se encontraban reclusos en los conventos desarrollan:

⁶ Véase anexo 4

Acedía o *acedia* utilizado inicialmente por los monjes medievales para expresar esa especie de melancolía propia del enclaustrado, que se manifestaba entre las cuatro y las ocho de la madrugada; su origen es la palabra latina *acedia*, que significa ansiedad, pena de corazón, disgusto, y que procede a la vez del griego *akedia*. (De Diego, 1998:20)

En el siglo XVII, el inglés Robert Burton escribirá acerca de la melancolía religiosa en su obra *The anatomy of Melancholy*. Las terapias que proponían los médicos eran, eminentemente, la expulsión del exceso del humor desequilibrado. Las monjas, privadas de mantener relaciones sexuales, desarrollaban histeria y debían de someterse a la masturbación de una comadrona para curarse. Otro de los remedios era ingerir eléboro, una planta que se creía que curaba la depresión.

3.1 Melancolía adusta y amor hereos

De las enfermedades mentales que derivan de la melancolía es el *amor hereos* o la locura por amor. El primer médico en reconocerla como tal fue el griego Erasístrato, quien diagnosticó al príncipe Antíoco tras sufrir los síntomas propios de dicha enfermedad por enamorarse de la mujer de su progenitor. El otro médico en tratar con esta enfermedad fue Galeno. Es, sin embargo, la imaginación el factor más característico del amor hereos⁷. De acuerdo con Bienvenido Morros, la enfermedad de amor:

Presentaba muchas afinidades con la melancolía. Hallaron que estas afinidades eran muy evidentes en los síntomas, porque el enfermo de amor y el melancólico manifestaban una clara preferencia por la soledad y la oscuridad. Los dos, además, caían en una especie de depresión que les obligaba a permanecer en la cama por pura abulia. Tampoco conseguían conciliar fácilmente el sueño y perdían el apetito. (Morros, 2009: 133 – 134)

Uno de los personajes literarios que sufre el desequilibrio de este humor es Calisto, al que Rojas lo describe como un “mancebo triste”. Al principio de la tragicomedia, el joven sólo quiere mantenerse enclaustrado en su habitación a oscuras y aislado de todo el mundo:

Calisto rechazado se lamenta, apostrofa la muerte, tiene una ironía para los sabios Hipócrates y Galeno mediante lo cual niega a la medicina alguna eficacia para su mal; se acuesta a oscuras para levantarse enseguida a tomar un laúd; pide a Sempronio que le haga oír canciones tristes, había solicitado silencio y él mismo no deja de hablar. Hasta aquí se

⁷ Véase anexo 5

evidencia una negación de la vida por medio de la negación de la realidad, en la faz pesimista del hombre, hombre acuciado en su deseo de esquivéz. No se trata de una etapa del hombre, el hombre hecho empresa de la conquista sino del hombre hijo, la del romántico, hundido en la desesperación de su pesimismo. (Cvitanovic, 1973: 88)

De hecho, cuando Calisto llora “¡O si viniessedes agora, Crato y Galieno, médicos, sentiríades mi mal!”, se esté refiriendo a estos dos médicos mencionados anteriormente. De este modo, el joven se está auto diagnosticando como enfermo de amor. A pesar de que el temperamento melancólico de Calisto no es apto para el amor carnal como lo es el sanguíneo (esto se debe a que tiene las propiedades del semen, que se entendía como una prolongación de la sangre), sí puede experimentar deseo sexual. Sin embargo, por su carácter seco, no puede expulsar las cantidades necesarias como para sentirse mejor. Una posible cura era sangrar al enfermo. En otras, se recomendaba la terapia sexual, ya que se expulsaba el semen innecesario. No obstante, cuando el enfermo llega al estado de melancolía, la terapia sexual ya no era la solución. El melancólico, al no producir grandes cantidades de semen como ocurre al sanguíneo, no puede expulsar lo necesario para quedar satisfecho y curarse:

Si el melancólico practicaba el coito podía debilitarse en exceso al eliminar en la eyaculación la cantidad del humor que le era en sí deficitario. Ese humor era la sangre, de la que el semen era su prolongación. Si llevaba a cabo la relación sexual, el melancólico aumentaba todavía más las cualidades, las de la tierra, frío y seco, que le provocaban la enfermedad. (Morros, 2009: 134)

No obstante, el deseo continuaba latente. Me gustaría recapitular en cuanto a los síntomas y diagnósticos de la melancolía. El melancólico se presenta como un ser depresivo y triste. Cuando esta melancolía se produce por la inacción (como en el caso de los conventos), se recomendaba salir y sociabilizar con el resto de personas. Cuando era una melancolía por amor, la cura era la terapia sexual. Ahora bien, cuando la terapia sexual ya no funciona es porque otro elemento se ha introducido en el enfermo; originando, así, la melancolía más corrosiva de todas: la melancolía adusta. En la melancolía adusta interviene el factor de la imaginación. El enfermo, víctima de su propia ficción, no encuentra en el mundo real nada que se le asemeje y, consecuentemente, las curas tradicionales para la melancolía no funcionan con él. De acuerdo con los comportamientos de Calisto, podría definírsele como un melancólico adusto:

Los melancólicos, tras esta conversión, experimentan deseo a causa del calor y la sequedad de sus carnes, las que por tal razón han eliminado la humedad, u en esas condiciones asegura que ya no son melancólicos naturales sino melancólicos adustos. Al faltarles la humedad, que acaba por secárseles, introduce la duda de que los melancólicos adustos, por más lujuriosos que sean, por conservar la cualidad fría, estén en condiciones de practicar el coito con la perfección esperable. (Morros, 2009:139)

Consecuentemente, retienen la imagen de la persona amada más tiempo en su mente. En tal caso, son propensos a sufrir este tipo de enfermedad y se les debe proporcionar remedios que ayuden a olvidar a la dama, de acuerdo con Bienvenido Morros, “los melancólicos también sufren con frecuencia la enfermedad a causa de una imaginación intensa, que hace que retengan durante más tiempo la imagen de la dama de la que se han enamorado.” (Morros, 2009:146) Esta forma de imaginar tan intensamente conlleva a la idealización del ser amado. Calisto se ve preso de un engaño, según Sempronio: el de la exaltación. Incluso llega a hacer de Melibea una diosa (“yo melibeo so”):

Pero tú, dulce imaginación –dice con tecnicismos que ya no son familiares –, tú que puedes, me acorre. Trae a mi fantasía la presencia angélica de aquella imagen...”. Tales tecnicismos ilustran a la perfección esa nueva intención de amor trágico por parte de Calisto. [...] Calisto tiene una imagen angélica de Melibea. (Cátedra, 1989: 66)

Frente a esta idealización, Areúsa proporciona una descripción que difiere totalmente con la visión de Calisto. La Melibea que nos llega a través de Areúsa es una joven que se aleja de todos y cada uno de los cánones de belleza medievales (por ejemplo, califica a sus pechos como “calabazas”). Aún si se puede hallar algo de bello en Melibea, esto es a causa de sus “mudas”. Esta antítesis en la descripción de Melibea se repite en *El Quijote*, donde se contraponen la opinión de Quijote con la de Sancho.

El enfermo de amor se enamora de una imagen, de ahí la relevancia del mito de Narciso, ya que llevó al extremo esta enfermedad. Los enfermos de amor se inventan una imagen exaltada a partir de la realidad. En el caso de los melancólicos, esta imagen abrasa con mayor fuerza y su duración es más larga. Todo parte, pues, de una ficción que crean ellos en su mente:

Da razón del carácter mental más que fisiológico de esta enfermedad. [...] Pues, teniendo su raíz como la tiene en la fantasía, ésta está sujeta a las influencias celestiales como

integrante del alma sensible que es, en tanto que no se ven afectados ni el entendimiento ni la voluntad. De modo que la influencia de los astros es aquí cuestión médica y se aduce cuando se ventila el problema de la curación, que debe concentrarse especialmente sobre la fantasía. (Cátedra, 1989:73)

Tras seducir a la amada y llevar a cabo la relación sexual, un posible efecto era el de aborrecer a la amada. Sin embargo, esto no le ocurre a Calisto, quien continua rebosando tristeza y deseando ver a Melibea a pesar de haber transcurrido tan sólo una hora desde su último encuentro; “Calisto se muestra ahora y por primera vez seriamente enfermo tras de haber poseído a Melibea” (Cátedra, 1989:68). Este sentimiento de angustia y ansiedad lleva a que Calisto se comporte como un amante descortés. Los amantes cortesos mantenían en secreto sus relaciones ante todo. Calisto, en cambio, es extrovertido y quiere llevar el cordón de Melibea por la calle. Tampoco cumple con todos los grados de amor, lo que Melibea le reprocha tras perder la virginidad. Después de consumar la relación, Calisto se muestra más cortés, preocupándole ahora la fama de Melibea. Se encierra en su casa durante el día con las ventanas cerradas y las cortinas corridas para que parezca que se encuentra ausentado de la ciudad. Así pasa un mes (hasta el momento de su muerte), descuidando unas tierras que tenía arrendadas y escapándose durante las noches a visitar a su amada. Vemos, por lo tanto, como no encuentra la calma interior tras mantener relaciones sexuales con su amada. Se podría concluir, entonces, que el único reposo aparente para el enfermo de amor melancólico se halla en el olvido o en la muerte.

4. SIGLOS DE ORO

A lo largo de los siglos que conforman la edad dorada española, dos son los tipos de melancolía que cabe destacar. Por un lado, aflora la melancolía intelectual como enfermedad moral (así como lo era la abulia o la acedia en el medievo). El médico Italiano Ficino, a finales del siglo XV escribe en su tratado *De Triplici Vita* (un texto de higiene, física y mente en el que se centra en la figura del intelectual) que “era la enfermedad de los hombres de estudio, cuya inactividad corporal impide la liberación de la bilis negra que se acumula en el cuerpo, además del propio trabajo intelectual que termina por secar el cerebro, es decir, transformando su naturaleza en melancólica.” (De Diego y Vázquez, 1998:71). Para este tipo de enfermos, se recomendaba abandonar el estudio y salir al aire libre o relacionarse con otras personas como método para combatir la melancolía. El problema es cuando reacios a realizar dichas curas, siguen potenciando su intelectualidad y la bilis negra

sigue creciendo en ellos. Es entonces cuando nacen figuras como la de Quijote, a la que se dedicará un apartado más adelante. Por el otro, la melancolía propia de los pastores bucólicos que deriva de los ideales neoplatónicos que resurgen durante el Renacimiento. Frente a este carácter melancólico que predomina en la época, nacerán parodias y obras que se contraponen a él a través de la caracterización de sus protagonistas, en su mayoría *flemáticos* (como ocurre en *Gargantúa*, de Rabelais, obra en la que el protagonista se muestra como una caricatura de Saturno), el humor que se contrapone a la bilis negra por naturaleza. Los personajes de la picaresca son también contrarios a la melancolía. Por ejemplo, *El Lazarillo de Tormes*, sin intención de parodiar este tipo de personalidades, se presenta como un contrapunto a la figura del mago (ligada tradicionalmente a la melancolía). El mago suele representarse como un visionario que bucea en lo onírico, en lo saturnal que, como norma general, ya ha alcanzado la vejez (etapa de la vida que se relaciona con la melancolía por excelencia). Además, esta figura, a causa de la experiencia en la vida, encarna el saber que, como se ha mencionado anteriormente, es potencial de la melancolía. Sin embargo, en esta novela, el primer mentor del lazarillo es un ciego que se ciñe al pragmatismo y la razón para recrearse en su ingenio. De hecho, utiliza el vino como herramienta para restablecer su propia realidad, en contraposición a lo que defendía Aristóteles en los *Problemata*. Lázaro es, además, un niño y, como tal, no puede haber desarrollado bilis negra en su organismo todavía (ni de carácter fisiológico, puesto que en la edad infantil todavía no se necesita expulsar el semen, ni de carácter psicológico, ya que en ellos abunda la flema y el calor). Lo interesante de este tipo de obras es que, indirectamente, la razón funciona como mecanismo que contrarresta la pegajosidad de la melancolía, algo que tomará un papel fundamental a lo largo del siglo decimoctavo.

4.1 La melancolía en la bucólica

No es de extrañar que la figura del pastor sea profundamente melancólica, puesto que recibe la influencia del petrarquismo, el amor cortés y, especialmente, del neoplatonismo. Tomando como ejemplo la *Égloga I* de Garcilaso para ilustrar el temperamento de estos personajes, esta composición ya se inicia con el verso “el dulce lamentar de dos pastores” (Garcilaso, 2007:198). Como dice Herrera, la égloga se introduce con dos pastores, uno de los cuales se queja celoso por no ser el preferido de su amada. Los celos son uno de los motivos para generar melancolía, aunque están más relacionados con el temperamento colérico que, mezclado con el llanto del melancólico, acaba por generar la melancolía adusta. En el caso de Salicio,

empero, se trata de una melancolía propia del amor no correspondido. Garcilaso es capaz de mostrar esos dos temperamentos, aunque siempre por separado. Ocurre que el pastor se ve afectado por ese amor pneumático, pues, de acuerdo con los ideales neoplatónicos del s. XVI, se creía que los amantes intercambiaban sus almas a través de la mirada o el beso. Ya en el soneto VIII, el poeta habla de “aquella vista pura y excelente / salen espíritus vivos y encendidos” (p.93) y en el soneto XVIII “de vuestra ardiente vista y encendido / tanto, que en vida me sostengo apenas; (p.108).

Lo mismo ocurre en la Égloga I, en la que “los espíritus que proceden de los ojos de la amada son vivos y encendidos, luego abren el camino a los que salen del amante, pero en la ausencia de la amada, éstos inflamados por el recuerdo, no encuentran la salida.” (Choi, 1988: 306). Además, Nemoroso ofrece una imagen petrarquista de su amada, llena de hipérboles, cuando afirma: “los cabellos que vían con gran desprecio al oro” (p. 212). La palabra proporción que utiliza en el verso 278 refuerza los ideales neoplatónicos del autor. Por otro lado, la descripción de una dama dura y distante herencia del amor cortés, la donna angelicatta que quema y hiela a la vez, desdeña el amor de Salicio y no escucha sus quejas. Se convierte, de este modo, en un amor inalcanzable al que canta sus dolidos llantos el pastor. Así, inicia un estribillo de un único verso: “Salid sin duelo, lágrimas, corriendo” (p.202), en el que Salicio expresa su estado puramente melancólico.⁸

En el IV libro de la *Diana* de Jorge de Montemayor⁹, aparece un diálogo entre las ninfas Polydora y Cinthia y los pastores Sylvano, Selvagia y Belisa, en el que se intenta dar causa a esa melancolía que se manifiesta en los pastores. La primera ninfa argumenta que se da una aflicción en los que aman mientras no consiguen satisfacer su deseo, pero que una vez satisfecho, ese amor se evapora. Esta exégesis sería acertada si pensamos en el caso de la literatura cortés, en la que el remedio a la melancolía era la terapia sexual: el amante cortés se desprendía de la melancolía tras haber realizado el último grado de amor. Sin embargo, frente a este “amor loco”, Sylvano refuta los argumentos de la ninfa siguiendo sus ideales de amor platónico: ese amor no puede ser curado mediante la terapia sexual porque el deseo real es la unión de las dos almas separadas, como indica *El Banquete*, algo que no puede conseguirse puesto que ambas están atrapadas en un cuerpo. Por

⁸ Véase anexo 6

⁹ Véase anexo 7

ello, la única forma de satisfacer ese deseo es mediante la vista, es decir, la contemplación constante de esa Belleza. Paralelamente, las pastoras y la otra ninfa se cuestionan por qué el amor se resfría en la ausencia. Las reflexiones de Cinthia son puramente Aristotélicas, puesto que explica que el amor es fruto de la memoria producida tras la captación de una imagen a través de los ojos. Igual que ocurría con los pastores de Garcilaso y como se expone en *Fedro*, lo que la vista nos proporciona no es más que una imagen de la idea. Para mantener esa imagen viva, los amantes quieren permanecer juntos con la intención mantener vivo el recuerdo de esa idea. Sin embargo, en la ausencia, la imaginación que conforma la condición humana modifica ese recuerdo hasta convertirlo en objeto de su propio interés. De este proceso nace el deseo (generado por la tercera potencia del alma) hacia una idea falsa que, en el caso de Belisa, mantiene vivo el amor hacia un ser que no está (o mejor dicho, la imagen que ella ha creado de su amante), puesto que la fantasía retroalimenta esa imaginación que despierta en ella ese sentimiento. Sin embargo, igual que les ocurre a los enamorados, el no poder alimentar su deseo de ver el rostro que les recuerda a la idea de Belleza, se produce en ella un pesar y una tristeza que terminan por derivar a una melancolía profunda. Vemos, pues, que la estructura que conforma el amor bucólico es propicia para generar ese estado melancólico, puesto que se basa en los ideales platónicos de Amor y Belleza; el pastor se enamora siempre sin ser correspondido y eso desemboca en el desarrollo de la melancolía por amor.

4.2 La melancolía intelectual

En pleno auge humanista, la melancolía intelectual llega a su punto álgido. De hecho, es la melancolía adusta lo que se desarrolla a causa del exceso de estudio y de la lectura de obras literarias, aquella que (como se ha indicado anteriormente) se presenta como la más peligrosa y difícil de curar de todas. El melancólico adusto por excelencia en la literatura española de los siglos de oro es Alonso Quijano. El protagonista del *Quijote* cumple todos los requisitos necesarios para potenciar este estado: es un anciano, por lo que su cuerpo se ha enfriado, que ha decidido dedicar su vida al cultivo de las letras. Por lo tanto, pretende pasar el resto de sus días leyendo literatura (en su caso de caballerías) encerrado en su casa. Como consecuencia, cuando Quijote deja de leer libros, reproduce esos hechos como si fueran reales, impregnados de una imaginación hiperbólica que transforman la realidad a su conveniencia:

De las dos potencias del alma sensitiva que menciona Cervantes, Alonso Quijano tiene lesionada la imaginación, y no la fantasía, entendida ésta siempre como una facultad pasiva, que se limita a iluminar imágenes procedentes del exterior, a reproducirlas, pero no a retenerlas, en el primer ventrículo del cerebro. En su imaginación ha decidido guardar, de modo casi permanente, las especies sensibles que ha reconocido en las palabras e ilustraciones de los libros que lee, y no sólo guarda, sino que las considera inspiradas en la realidad contemporánea, por una clara merma de su juicio o razón individual. (Morros, 2005:26)

Los temperamentos más aptos para el cultivo intelectual son aquellos que no presentan las cualidades de *humedad* (esto es, el colérico y el melancólico). Como explica Bienvenido Morros en *Otra lectura del «Quijote»*, aquellos que presentan un carácter melancólico son más dados al entendimiento, mientras que los coléricos lo son para la imaginación (por lo tanto, presentaban una mayor predisposición para la literatura). Por otro lado, el viejo hidalgo prefiere invertir las horas de sueño en leer que en dormir, lo que produce una alteración fisiológica importante. La medicina galénica creía que el cerebro, órgano frío y húmedo por naturaleza. Durante las horas de descanso, el cuerpo multiplicaba los espíritus vitales necesarios para el buen funcionamiento del cuerpo. En el caso contrario, el exceso de vigilia no sólo impedía que se regeneraran esos espíritus que se comportaban de forma semejante a los alimentos una vez digeridos, sino que también calentaba el cerebro, privándole de sus cualidades de humedad y secándolo. Así, el temperamento de Alonso Quijano se vuelve melancólico y eso conlleva a un mayor cultivo de su alma sensitiva. Además, el exceso de calor (no producido de forma natural en su organismo, sino a causa de no dormir) conlleva a que retenga con mayor facilidad lo que lee en los libros. Sin embargo, a causa de tener el juicio nublado (ya que su estado podría equipararse al de la ebriedad, puesto que la bilis negra y el vino producen efectos muy semejantes), su interpretación frente a esa nueva realidad es errónea. Puede verse, de este modo, que Quijote presenta cualidades propias del temperamento colérico y del temperamento melancólico, esto es, la melancolía adusta, llamada así “porque a raíz de la combustión de la cólera, el humor resultante experimenta una oscilación extrema y exagerada del frío al calor y viceversa”¹⁰ (Morros, 28). Por ello, Alonso confunde su entorno: es capaz de convertir unos molinos de viento en gigantes o de crear su propia idea de belleza en cuanto a Dulcinea. Esta visión exagerada y trastornada contrasta continuamente con la de Sancho, quien no

¹⁰ Véase anexo 8

está afectado por esta enfermedad. Puede establecerse aquí una analogía entre los comportamientos de Calisto frente a Melibea y Quijote con Dulcinea. En ambos casos, los enamorados se crean una imagen de su amada que difiere totalmente con la realidad. Las descripciones que facilitan de ellas son totalmente exageradas e irreales. Si bien estos personajes se ven contagiados por ese amor hereos, es a causa de su propia imaginación. Esta mezcla de enfermedad de amor y melancolía adusta se presenta como la más problemática a la hora de ser curada, puesto que muestra un carácter retroalimentado en tanto que, por un lado, presenta el calor de un colérico y, por lo tanto, el apetito sexual, el deseo. Sin embargo, las cualidades secas del melancólico no producen las cantidades necesarias de semen como para satisfacer ese anhelo. Por ello, la terapia sexual no es una solución.¹¹

Otro personaje que presenta la sintomatología propia de un melancólico adusto es Orlando, protagonista del *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto. La señal definitoria de ello viene dada en los primeros versos del primer canto, en el que se describe a los personajes principales de la obra, cuando el narrador define a Orlando de la siguiente forma:

Quien por hombre tan sabio era tenido
Se volvió por amor furioso y loco (Ariosto, 2005:3)

Orlando es, pues, un hombre sabio. El hecho de que su comportamiento sea volverse furioso, es decir, caer en la cólera, demuestra que este personaje mostraba un temperamento colérico. Como bien se ha especificado anteriormente, el colérico tendía más a la literatura. Muy probablemente, Orlando sea un personaje que ha invertido su tiempo en leer, igual que Alonso Quijano, y haya terminado por potenciar sus facultades imaginativas. Del mismo modo que Quijote y Calisto crean su propia historia de amor con la idea de unas damas que no existen, Orlando lo hace con Angélica. No obstante, Angélica jamás ha correspondido a Orlando, así como Melibea sí correspondió a Calisto, pues ésta era incapaz de amar a ningún hombre. Angélica encarna los ideales de la dama cortés llevados al extremo, convirtiéndose en el ideal platónico de Belleza al que sus enamorados no pueden alcanzar:

Pero, incapaz de compasión, se muestra
Más fría y dura que una roca, al modo

¹¹ Véase anexo 9

De quien a todos sin piedad desdeña,
Pues nadie en su opinión es digno de ella.

De hecho, en el canto XIX, se especifica que Angélica “se enoja al recordar que sus amantes se llaman Orlando o Sacripante”. En este mismo canto, la hermosa princesa se enamora de Medoro y contraen matrimonio. En el canto XXIII ocurre que Orlando los descubre:

Llega Orlando a un paraje que se curva
El monte como un arco y da a una gruta.
La entrada del lugar estaba ornada
De trepadora hiedra y vid silvestre.
Allí los dos amantes se abrazaban
En las horas más cálidas del día.

Sintiéndose engañado por su amada (quien nunca antes le había correspondido), Orlando enloquece y todo el calor que su cuerpo emana se enfría. El caballero se ve envuelto por una melancolía profunda que desemboca en llantos, tristeza y dolor, a la vez que en la furia y la cólera que le producen los celos. Se representa, de este modo, como otro enfermo de melancolía adusta impulsada por el amor hereos:

El infeliz volvió a leer tres veces
Y cuatro y cinco y seis aquel escrito,
Imaginando haberse equivocado,
Pero en cada lectura resultaba
Más y más claro para él, con fría mano,
Sentía el corazón más afligido
Se quedó inmóvil con los ojos fijos
En la piedra y en piedra convertido.
Casi fuera de sí por la tristeza,
Se abandonó al dolor, por él vencido.
Creed a quien, pues lo probó lo sabe,
Que no hay dolor que pueda comparársele.

A continuación, Orlando separa con un hacha su cabeza y pierde el seso. En otras palabras, Orlando ha perdido la razón, pues está ebrio de melancolía. El “humor vital”, el calor del cólera, sigue produciendo en él ese deseo por Angélica que, mezclándose con la bilis negra, sólo le produce pesar, ya que su cuerpo se ha enfriado y no hay llanto que alivie ese dolor:

No son lágrimas estas que he vertido
Con tan largo caudal desde mis ojos;
No cesó mi dolor con tantas lágrimas,
Pues se han secado y mi dolor persiste.
Es el humor vital que el fuego manda
Por el mismo camino hasta los ojos,
Y lo iré derramando hasta que un día
Con mi dolor acabe y con mi vida.

De este modo, defiende el narrador del *Orlando* que aquellos afectados por el amor son, a su vez, unos locos (como ya se había dicho en el *Tirant lo blanc*, “sou ben folls aquells que estimeu”). Esto entronca directamente con la dialéctica platónica de la *manía*. Sin embargo, lo que para Sócrates era algo positivo, pues era una enfermedad que enviaban los dioses, para Ariosto es preferible “quitarlo antes de enviscar alas”, puesto que produce un estado de embriaguez que nubla la razón y convierte a los enamorados en coléricos (de hecho, en el mismo *Fedro* se dan motivos para despertar esa furia, puesto que se indica la condición celosa de los enamorados frente a todo lo que rodea al otro, pues quisiérenle sólo para ellos). Produce el amor, además, una enajenación de uno mismo; pues vive el alma del enamorado en su amante y viceversa, abandonando, así, completamente su identidad:

Quien en liga de amor el pie ha metido,
Quítelo antes de enviscar las alas,
Porque el amor no es sino locura
A unánime juicio de los sabios;
Y aunque no todos lleguen al extremo
De Orlando, algún indicio dan de furia.
¿Puede haber mayor signo de transtorno
Que perderse uno mismo amando a otro?

La reflexión final, que se defenderá especialmente durante la Ilustración, es recuperar la razón perdida. Si bien ocurre que el melancólico adusto ha perdido el sentido de la realidad, como ocurre con estos tres personajes, devolverles el juicio sería su remedio más eficaz:

Cuando Orlando volvió a su ser primero
Mucho más sabio y viril que nunca,
Fue juntamente del amor librado,
Y aquella a la que había amado tanto
Y tan bella y gentil le parecía,

Por cosa vil la reputaba ahora.

Si bien el problema final deriva del amor hereos, es el olvido el mejor remedio; tal y como propone la maga Felicia a los pastores, tomar el agua de su fuente que proviene del Leteo como curación para sus dolencias. En el caso de Alonso Quijano, volver a recuperar el sentido de la realidad que tanto se había perdido a causa de ese cultivo intelectual. No obstante, al ser estas enfermedades partícipes del alma y no del cuerpo, la cura no puede encontrarse más que en el único lugar al que el ser humano no tiene acceso.

4.3 Bajo el signo de Saturno

Como se ha especificado en los puntos anteriores, existe un tipo de determinismo en las personas nacidas bajo el símbolo de Saturno y el temperamento melancólico (Saturno es el tiempo y siempre se representaba devorando a sus hijos. Así mismo, el tedio, la monotonía que influyen en el estado melancólico son, al final, tiempo). Además, este signo estaba relacionado con la sequedad y la frialdad propias de la bilis negra. Uno de los personajes más apropiados para ejemplificar este tipo de melancolía es Segismundo en *La vida es sueño*. De hecho, este personaje está determinado a la desgracia desde su nacimiento, sin haber sido él mismo la causa para desarrollar su melancolía. El padre de Segismundo decide encerrarlo y aislarlo del mundo a causa de una predicción que le amenazaba de muerte. Segismundo, a causa de estar encerrado durante tanto tiempo, sólo ve las sombras que hay en su cueva. De este mismo tipo de melancolía se ve afectado Hamlet, en cierto modo, pues ve la sombra del fantasma de su padre y eso le produce un cambio en su estado convirtiéndose en un melancólico.¹² Por su comportamiento al principio de la obra, Segismundo parece estar más afectado por la cólera y probablemente por la melancolía adusta. Ya en su primera intervención, el joven se autodefine como mísero e infeliz. A continuación, inicia un monólogo en el que explica su condición de desgracia: el haber nacido. Sin embargo, no es este su mayor delito, sino el haber nacido bajo el signo de Saturno. No es baladí resaltar dicho parlamento puesto que en él se identifican los cuatro elementos que forman la tierra y en cada uno de los elementos, pueden apreciarse los rasgos característicos de la personalidad de aquellos nacidos bajo su signo. En el caso de Segismundo, se trata de la tierra.¹³ De hecho Basilio explica como su madre ya tenía

¹² Véase anexo 10

¹³ Véase anexo 11

sueños estando embarazada en los que su hijo la mataba al nacer y se refiere a él como “víbora humana del siglo” (De la Barca, 2008: 107). A continuación, procede a explicar que el niño nació bajo “mortal planeta o signo”, es decir, Saturno, interpretándose de este modo que va a provocar muchas muertes. Por lo tanto, este personaje está destinado a sufrir melancolía desde incluso antes de nacer. Es relevante, además, el espacio en el que se encuentra encerrado a lo largo de su vida: un lugar cerrado y oscuro que aleja a Segismundo del mundo real haciéndole perder la noción de ese tiempo saturnal que es culpable de su situación. A causa de no salir al exterior y crear su realidad a partir de la imaginación, el desdichado confunde la realidad con la ficción, con lo onírico, no logrando diferenciar la vida del sueño. El príncipe no tiene constancia verdadera de cuando está despierto y cuando dormido, produciéndole trastornos psicológicos producidos por ese exceso de bilis negra que ha generado su cuerpo. La melancolía causada por la cosmología saturnal no es referente a un estado al que se llega a causa de ciertos factores, sino que está relacionada con el propio destino del hombre. Los que han nacido bajo el símbolo de Saturno están siendo devorados por la inmensidad del tiempo, algo contra lo que no pueden luchar.

5. ILUSTRACIÓN

Si ya a lo largo de los siglos de oro españoles se desarrolla la melancolía intelectual, en la Ilustración va a alcanzar su punto álgido. El siglo XVIII, en el que abundan las contradicciones (como, por ejemplo, la reivindicación del saber de los intelectuales y filósofos frente a ese conocimiento vacío de las clases altas que pretendían imitar las modas francesas) la melancolía no va a ser menos. Ese afán de racionalizar todo va a entrar en conflicto con la mente ensoñadora del filósofo. En sus *Cartas filosóficas*, Voltaire dedica una carta a Pascal (“Sobre los pensamientos del Sr. Pascal”) refutando sus argumentos en tanto que el hombre está compuesto por contrariedades. Es ella, arguye que es necesario que el hombre está compuesto de estas antítesis, puesto que son estas cualidades la que le diferencian de ser un dios. Frente a la duplicidad generalizada de la que hablaba Pascal (que afirmaría la presencia de ese humor negro en todos los seres humanos, convirtiéndolo en la esencia de nuestro aburrimiento)¹⁴, Voltaire afirma desde una perspectiva empírico racional, que tan sólo depende del estado de nuestros órganos, que nos

¹⁴ Véase anexo 12

encontremos en un estado de alegría o tristeza.¹⁵ De hecho, esta visión crítica en cuanto a los dualismos del ser humano, es incompatible con los principios de la razón. En *El diccionario filosófico* se incluye una entrada para el concepto *entusiasmo*¹⁶. Voltaire relaciona este estado con el vino, argumentando que estar afectado por esta emoción es como estar ebrio (pues se ven las cosas doblemente y eso ciega la razón). Afirma, pues, que debe de haber un *entusiasmo racional* para alcanzar la sublimidad en el arte. Por otro lado, la *Enciclopedia* apuesta por denominar a esos humores como *temperamentos* y lo relaciona, especialmente, con las desviaciones sexuales que padece un joven cuando ha de dar el paso a convertirse en adulto. La figura de la adolescencia causa gran interés en los escritores ilustrados (como en el *Emilio* de Rousseau) a causa de su carácter antitético frente a “los tres códigos a los que, según Diderot, todo individuo está sometido (código natural, código religioso y código social)” (Goumelot, 1998:98). Ocurre en el púber que empieza a desarrollarse ese conflicto con las convenciones sociales; convenciones que despiertan en el ser humano el hastío y la saciedad que les llevan al aburrimiento (el *ennui*), algo de lo que Séneca ya se había dado cuenta en su *Tranquillitate animi*.¹⁷ Esta nueva forma de sociedad hace que nazca una nueva forma de aburrimiento, el *aburrimiento ontológico* causado por el exceso de monotonía, la rutina, la ausencia de preocupaciones frente a los bienes materiales, etc., que causa en el ser humano ansiedad, “jaquecas, sofocos o impacencias femeninas, inaniciones, somnolencias y marchitamientos seniles” (De Diego, 1998:20). Existe en esta nueva forma de aburrimiento, un *aburrimiento mundano* que entenderá el exceso de dicha y despreocupaciones como algo negativo, esto es, una forma de sufrimiento en el goce, que encontrará (como le ocurre a la Julie de Rosseau) la desgracia en la felicidad. Frente a esto, el adolescente huirá de esas normas, lo que le llevará a buscar los espacios alejados de esa razón dominante (ya que están en posesión de ese entusiasmo que les nubla el juicio) y empezará a dejarse llevar por sus impulsos. Sin embargo, el factor de esa consciencia colectiva que les vigila, produce un estado de melancolía al que sólo la razón acabará sosegando. No es de extrañar que el adolescente del s. XVIII se sienta confundido, pues se le implantan unas normas que entran en conflicto con la realidad. Por un lado, la frivolidad y austeridad, el saber estar y los modales; frente a lo que se representa en las anacreónticas: excesos, goce y reivindicación del vino, aquello contra lo que atacaba Voltaire.

¹⁵ Véase anexo 13

¹⁶ Véase anexo 14

¹⁷ Véase anexo 15

Escribe Meléndez Valdés una elegía a su amigo Jovino, titulada “A Jovino: El Melancólico”¹⁸, en la que aconseja al otro poeta, quien ha perdido la razón y se siente perdido, sobre qué hacer para recuperarla. Explica Meléndez Valdés sus propias experiencias en cuanto ese abismo en el que se encontró, cuando el entusiasmo se apoderó de él. La cura que propone para combatir ese estado de enajenación, suspiros y llantos es, pues, “dominar la rebelde razón”. Esta melancolía de Jovellanos también está representada en el retrato que le pinta Goya, donde el poeta aparece sentado frente a su escritorio, con el rostro apoyado en la palma de su mano y una expresión que mezcla el agobio y la pesadumbre. Otra obra de carácter puramente melancólico son *Las noches lúgubres* de José Cadalso. A pesar de que su publicación es a finales del XVIII (1789 – 1790), algunos estudiosos como Sebold y Helman afirman que esta obra es una precursora al Romanticismo. Es cierto que en ella se presentan algunos de los rasgos que conformarán los temas predominantes en la modernidad. No obstante, aparecen de una forma muy embrionaria. El protagonista, por ejemplo, se llama “Tediato”, que deriva directamente de *tedio*, un concepto imprescindible para entender el pensamiento que marcará a los modernos a partir de la segunda mitad del s. XIX o la aparición de ambientes como el cementerio. El monólogo con el que inicia la obra muestra, empero, uno de los temas que preocupaban a los ilustrados, ese lado oscuro de la ilustración en que se nubla la razón y aflora la melancolía.¹⁹ Tediato es consciente de su enfermedad, de carácter aristotélico: “¡Fantasía humana!, ¡fecunda sólo en quimeras, ilusiones y objetos de terror! La mía me los ofrece tremendos en estas circunstancias... Casi bastan para apartarme de mi empresa.” (Cadalso, 2008:432). Sin embargo, en la tercera y última noche, Tediato recupera la razón y, con ella, se desvanece su estado de melancolía y locura producido por la muerte de su amada. Por ello, frente a esa melancolía ilustrada, en antídoto siempre va a ser recuperar la razón perdida para combatir esos estados en los que el sentido común se ve afectado por el delirio y convierte al enfermo en víctima de un temperamento melancólico.

6. ROMANTICISMO

A pesar de que el Romanticismo no es, ni mucho menos, el último momento en la historia de la literatura en el que la presencia de ese humor negro es latente, sí que es el periodo con el que se concluye el presente trabajo. Para entender el sentimiento de melancolía que nace en el

¹⁸ Véase anexo 16

¹⁹ Véase anexo 17

Romanticismo (y más después de haber pasado por la época de la ilustración, en la imperaba la razón y parecía haberse hallado la solución a los males del mundo), hay que remontarse al idealismo alemán. A diferencia del Romanticismo español tardío, que fija su mirada, especialmente, en el medievo, esta estética se fundamenta en el clasicismo. Esto hace que fijen su atención en las ideas que había promulgado Platón. El hombre romántico se construye a partir del anhelo por alcanzar esas ideas inefables que sólo ellos pueden entender. Sin embargo, todavía arrastrará ese sentimiento de aburrimiento que nace durante el siglo anterior, es decir, cuando consiga alcanzar su anhelo, éste morirá a causa del aburrimiento. De ahí nacerá el sentimiento de desengaño, y es que el romántico no puede hallar ese sentimiento de turbación en la realidad humana, pues lo que busca, forma parte del mundo de las ideas; inaccesible para el ser humano. Esto mismo ocurrirá, por ejemplo, en el amor:

Existe, por tanto, un aburrimiento del *amor carnal*, una tristeza de la carne, de la limitación de la práctica amorosa, que lleva a la muerte del deseo. Y cuanto el otro no es más que un instrumento de placer, es entonces causa de tedio. Frente al aburrimiento del amor físico podría reivindicarse el *amor metafísico*. Pero ese amor se hace pareja. Y la pareja institución. Y la institución canoniza lo cotidiano y deshace las ilusiones. (De Diego, 23).

Por eso, el personaje del Don Juan nunca encontrará la satisfacción por más mujeres que adule y cuyos favores consiga. El Don Juan no busca cortejar a varias mujeres por el mero hecho de conseguir mantener relaciones sexuales con ellas. Su forma de actuar nace del deseo, de la ilusión, del anhelo por alcanzar esa Belleza ideal que se propone en *Fedro*²⁰. Esto es lo que ocurre con el *Don Juan* de Byron quien, según Robert Marrast en su *introducción al Estudiante de Salamanca*, “es más bien una víctima del Amor que tiene el don fatal de inspirar a las mujeres: no necesita conquistarlas, y más bien se deja querer por ellas. El don Juan de Byron es siempre sincero en sus sucesivas intrigas, y su inconstancia es el resultado de su irresistible anhelo que le lleva a la incesante búsqueda de la Belleza ideal” (Marrast, 2013:24). Aunque también existe la creencia de que este personaje ya era en sí melancólico y que busca el amor como remedio para sus males (algo aplicable también a las figuras del Quijote y del Orlando, ya que ellos son melancólicos primero a causa del exceso de intelectualidad y, consecuentemente, enamorados). Tal y como indica Pedro Salinas, para el hombre romántico el mundo es Misterio. Por ello, hará lo que sea

²⁰ Véase anexo 18

necesario con tal de descifrar ese conocimiento superior, desafiante ante el nuevo Dios que controla ese mundo inaccesible. De este modo, Don Félix en *El estudiante de Salamanca* no dejará de perseguir a esa dama velada ni tras su muerte:

Conforme avanza la persecución, vamos viendo que esa mujer deja de ser simplemente un atractivo sensual para el seductor, que se va convirtiendo poco a poco en algo más inquietante y extraño: un misterio. Don Félix ya no persigue a una dama, sino a un misterio, a un ser problemático y secreto. [...] Quiere saber quién es, dónde va. Contra el cielo y contra el infierno la seguirá movido por su anhelo. ¿Su anhelo? Esta palabra, la básica del Romanticismo. [...] Es el romántico anhelo del alma ante el mundo y ante su misterio, el anhelo por descifrar el secreto de la realidad. (Salinas, 1982:148)

Sin embargo, tanto Don Félix como el Don Juan de Zorrilla presentan todas las características del humor sanguíneo, aquel que se contrapone al melancólico. El hombre romántico es, pues, melancólico ante la imposibilidad de alcanzar ese anhelo, ante el desengaño del mundo real frente al mundo soñado. Le mueve la curiosidad por el conocimiento, como ocurría al intelectual de la Edad Media y los siglos de oro, aunque se trata de un conocimiento metafísico cuya sempiterna persecución lo aleja de la realidad y, cada vez que choca con ella, se ve dominado por la melancolía que conlleva el no poder alcanzar un ideal.

7. CONCLUSIONES

En conclusión, la melancolía es un estado psicológico que se contrae a causa de diferentes factores externos. Sin embargo, es algo temporal y no permanente en la idiosincrasia de las personas. Según estos humores se organizan y reorganizan, así serán los sentimientos y percepciones de ese personaje. No obstante, no puede negarse que hay personajes cuyo temperamento tiende o es más favorable para sentirse melancólicos. En el caso de Alonso Quijano u Orlando, viene condicionado por ese afán de conocimiento intelectual que potencia la imaginación (como causas fisiológicas, la falta de sueño, la época del año, etc.). Si nos focalizamos en personajes románticos o posteriores, muy probablemente estén determinados por su entorno, es decir, el contexto histórico y lo que en él se reivindica. Es curiosa la analogía que estableció (pseudo) Aristóteles en su *Problemata* entre el humor melancólico y los filósofos de su época. De hecho, muchos de los intelectuales que han hecho historia, como Schopenhauer, Nietzsche, Shakespeare o Platón nacieron bajo el signo de Saturno. Deben de entenderse como propensos a

la melancolía, de este modo, aquellos personajes soñadores que buscan ideales en la realidad equivocada, aquellos que no encuentran un sentido en este mundo e intentan mejorarlo mediante la imaginación. Son personajes desengañados, desilusionados una vez y otra ante la imposibilidad de alcanzar ese anhelo inefable, esa ansia que les oprime el pecho, lugar en el que, según Platón, reside el alma. Una enfermedad que puede desarrollarse a causa de la enfermedad de amor, del aburrimiento mundano, de la rutina, de la inacción, de los celos; despertando en el enfermo esa chispa, esa esperanza creada por su imaginación para transportarse a un paraíso sublime en el que su objeto de aflicción se convierte en su motivo de felicidad. Pero ese espacio se encuentra en la mente, culpable de manipular la realidad al antojo de los deseos de uno mismo, y, consecuentemente, la imposibilidad de hallar aparente perfección en la realidad sólo puede desembocar en el ubérrimo cultivo de la bilis negra.

8. BIBLIOGRAFÍA

- ARIOSTO, Ludivico (2005): *Orlando Furioso*, ed. José María Micó, Madrid: Espasa Calpe.
- ARISTÓTELES (2004): *Problemas*, ed. Ester Sánchez Millán, Madrid: Gredos.
- ARISTÓTELES (2016): *Física. Acerca del alma. Poética*, ed. *Acerca del alma* Tomás Calvo Martínez, Madrid: Gredos.
- BATAILLON, Marcel (1952): «¿Melancolía renacentista o melancolía judía?», en *Estudios hispánicos. Homenaje a Archer M. Huntington*, Wellesley: Spanish Department of Wellesley, pp. 39 – 50.
- BLÉCUA, Alberto (1970): *En el texto de Garcilaso*, Madrid: Ínsula.
- BURTON, Robert (1978): *The anatomy of Melancholy*, London: Romman and little field university library.
- CÁTEDRA, Pedro M. (1989): *Amor y pedagogía en la Edad Media*, Salamanca: Universidad.
- CULL, John Thomas (1984): *Love Melancholy in the Spanish Pastoril Novel*, Tesis de University of Illinois.
- CHOI, Nak-won (1988): *Garcilaso a lo divino. Estudio crítico sobre el proceso de la contrafacción de la poesía garcilasiana en la edad de oro*, Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.
- CVITANOVIC, Dinko *et al* (1973): *La idea del cuerpo en las letras españolas*, Bahía Blanca: Universidad.
- DE CADALSO, José (2008): *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, ed. Emilio Martínez Mata, Barcelona: Crítica.
- DE DIEGO, Rosa (1998): *Humores negros*, ed. Lydia Vázquez, Madrid, 1998.
- DE ESPRONCEDA, José (2013): *El estudiante de Salamanca. El Diablo Mundo*, ed. Robert Marrast, Madrid: Castalia.
- DE HERRERA, Fernando (2001): *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*, ed. Inoria Pepe y José María Reyes, Madrid: Cátedra.
- DE HITTA, Arcipreste (2012): *El libro de buen amor*, ed. María Brey, Barcelona: Castalia.
- DE HUARTE, Juan (1989): *Examen de ingenios*, ed. Guillermo Serés, Madrid: Cátedra.
- DE LA BARCA, Calderón (2008): *La vida es sueño*, ed. Ciriaco Morón, Madrid: Cátedra.
- DE LA VEGA, Garcilaso (1995), *Obra poética y textos en prosa*, ed. Bienvenido Morros, Barcelona: Crítica.
- DE MONTEMAYOR, Jorge (2013): *La Diana*, ed. Asunción Rallo, Madrid: Cátedra.
- GALLEGO MORELL, Antonio (2003): *El Renacimiento español. Garcilaso y Herrera*, Granada: Editorial Comares.

- GULLÓN, Ricardo (1989): *Cisne sin lago*, Madrid: breviaros de la Calle del Pez.
- HERRERA, María Teresa (1973): *El sumario de la medicina con un tratado de las pestíferas bubas*, ed. Francisco López de Villalobos, Salamanca: Universidad.
- HIPÓCRATES (1983): *Tratados hipocráticos*, vol. 2, Madrid: Gredos.
- KLIBANSKY, Raymond *et al* (1001): *Saturno y la melancolía*, Madrid: Alianza.
- LÓPEZ, V. Cristóbal (1980): *Virgilio y la temática bucólica*, Madrid: Universidad complutense.
- MORROS, Bienvenido (2005): *Otra lectura del «Quijote»: Don Quijote y el elogio de la castidad*, Madrid: Cátedra.
- MORROS, Bienvenido (2009): “Melancolía y amor hereos en la *Celestina*” en *Revista de poética medieval*, vol. XXII, Alcalá: Universidad.
- PLATÓN (2016): *Apología a Sócrates. Critón. Eutifrón y otras*, ed. Antonio Alegre Gorri, Madrid: Gredos.
- REYES, Rogelio (2011): *Poesía española del siglo XVIII*, Madrid: Cátedra.
- SALINAS, Pedro (1982): “Espronceda: Rebelión contra la realidad” en *Historia y crítica de la literatura española*, coord. Por Francisco Rico, Vol. 5, Tomo I, Barcelona: Crítica, pp. 148 – 153.
- SÉNECA (2016): *Consolaciones. Diálogos. Epístolas morales a Lucilio*, ed. Juan Manuel Díaz Torres, Madrid: Gredos.
- SERÉS, Guillermo (1996): *La transformación de los amantes: imágenes del amor de la Antigüedad al Siglo de Oro*, Barcelona: Crítica.
- SHAKESPEARE, William (2009): *Hamlet*, ed. Manuel Ángel Conejero Dionís-Bayer, Madrid: Cátedra.
- VOLTAIRE (2016): *Cartas filosóficas. Diccionario filosófico. Memorias*, ed. Martí Domínguez, Madrid: Gredos.

9. ANEXOS

Anexo 1

Fragmento que pertenece a los *Problemata* de Pseudo Aristóteles:

Aquellos cuya bilis negra es abundante y fría son perezosos y estúpidos; los que la tienen demasiado abundante y caliente son extravagantes, de buenas dotes, enamoradizos y fácilmente se dejan llevar por sus impulsos y deseos; algunos son también muy charlatanes. Muchos, incluso, por el hecho de que este calor se encuentra cerca de la zona del intelecto, caen afectados por las enfermedades de la locura o de la posesión divina, de donde las sibilas, los adivinos y todos los poseídos por la divinidad, cuando su disposición no proviene de una enfermedad sino de un temperamento natural.

Anexo 2

Fragmento perteneciente al libro III de *De animi*, Aristóteles:

La imaginación es, a su vez, algo distinto tanto de la sensación como del pensamiento. Es cierto que de no haber sensación no hay imaginación y sin ésta no es posible la actividad de enjuiciar. Es evidente, sin embargo, que la imaginación no consiste ni en inteligir ni en enjuiciar. Y es que aquélla depende de nosotros; podemos imaginar a voluntad –es posible, en efecto, crear ficciones y contemplarlas como hacen los que ordenan las ideas mnemotécnicamente creando imágenes –, mientras que opinar no depende exclusivamente de nosotros por cuanto que es forzoso que nos situemos ya en la verdad ya en el error.

Anexo 3

Fragmento que aparece en el libro III de *De animi*, Aristóteles:

Por su parte, el movimiento producido por la sensación actual diferirá de la sensación misma en cada uno de estos tres tipos de percepción. El movimiento que corresponde al primer tipo de percepción es verdadero cuando la sensación está presente, mientras que los otros dos pueden ser falsos tanto si la sensación está presente como si está ausente y de manera muy especial si el objeto se encuentra lejos. Así pues, si ninguna otra facultad posee las características expuestas excepto la imaginación y esta consiste en lo dicho, la imaginación será un objeto producido por la sensación en acto. Y como la vista es el sentido por excelencia, la palabra imaginación (*phantasía*)

deriva de la palabra luz (*pháos*) puesto que no es posible ver sin luz. Y precisamente las imágenes perduran y son semejantes a las sensaciones, a los animales –por ejemplo, las bestias –porque carecen de intelecto y otros –por ejemplo, los hombres –porque el intelecto se les nubla a veces tanto en la enfermedad como en el sueño.

Anexo 4

Fragmento que aparece en el artículo «Eléboro» de Dulce M. González Doreste en *Los humores negros*:

Aquí comienza el libro de Constantino sobre las melancolías. Las enfermedades que contraen los melancólicos, cualquiera que sean, se prolongan durante mucho más tiempo que en las demás personas de otra complexión. Cuando la melancolía se acrecienta, más y más se incrementa el mal que les atormenta, pues la tristeza les hace temer aquello de lo que no hay que temer y agudiza la sutileza de la imaginación que inventa cosas que suceder no pueden. Ven a menudo ante sus ojos formas espantosas y temibles y sueñan con cosas negras, que se empeñan en reconocer. Algunos hay que creen haberles desaparecido el extremo de la cabeza o de otro miembro. A estos es preciso colocarles peso en la cabeza, por ejemplo un yelmo de plomo, así como en los otros miembros. Otros oyen continuamente el ruido del agua correr. [...] Otros se vuelven perezosos y pasivos y gustan estar solos en sitio oscuro. [...] Estos signos de melancolía pueden conocerse de la siguiente forma. Cuando el individuo que ha sido inteligente, equilibrado, discreto, tenaz y animoso se vuelve voluptuoso y dispencioso y con conductas infantiles, es signo de melancolía. Cuando ha sido un hombre sano y valiente y se vuelve enfermo y cobarde, es también signo de melancolía. [...] De más difícil curación son aquellos melancólicos que caen en llantos, sufrimientos y tristezas. Es comparable a lo que sucede a lo que sucede al hombre y a la mujer que cuando han bebido un poco ríen, pero cuando están muy ebrios lloran. [...] Más tarde, cuando la sangre se torna espesa o se calienta o se enfría más de lo debido, entonces lloran. Existe otra clase de melancólicos que empeoran cuando hay luna llena o luna nueva. Éstos sufren de epilepsia entre los quince y los veinticinco años.

[...] Aquí comienza el segundo libro de medicina, cómo hay que preservarse y prevenir estas enfermedades. [...] Si el cuerpo es delgado hay que tratar de engordarlo; si se padece de insomnio hay que tratar de dormir y si se es grueso o hay abundancia de humores, es preciso

purgarse. Si se tiene tendencia a la ira y a la irritación, hay que procurarse aquellas cosas que conmuevan y que produzcan alegría y placer.

Anexo 5

Según *El sumario de medicina con un tratado de las pestíferas bubas*, se dice de esta corrupción de la imaginación “amor hereos” (Fragmento extraído de *Amor y pedagogía en la Edad Media*):

Amor hereos segun nuestros autores

Es vna corrupta imaginacion
Por quien algun hombre se aquexa de amores
Y en este ques hito de los trouadores
Sin ser lisonjero dire mi razón
Sabed por muy cierto quel entendimiento
Jamás no se mescla en aquestas pendencias
La imaginatiua y bestial pensamiento
Como es gran potencia y padeçe el tormento
Engaña consigo a las otras potencias.

Esta es la que mueue los otros sentidos
Para que no tiren sino en este puesto
Memoria y deseos y ojos y oydos
A todos los tiene ya conuertidos
Que todos se ocupan en no más daquesto
Que el tal pensamiento vencido del gesto
A todos los otros sentidos informa
Ser lindo y gracioso y ornado y honesto
Do alguna esperança se muestra tras esto
Por do en adquerirlo se deue dar forma.

Y el entendimiento despues que alla entro
Por falsos testigos tan falsa sentencia
La qual por injusta contino aprobo
Perdió el juyzio sus fuerças perdio
Perdio su razon su consejo y prudencia
Helos todos ciegos a causa de vn ciego
Ques el pensamiento y la imaginatiua
Que dio al coraçon tan maldito sosiego
Metiéndole dentro ardentissimo fuego
Do siempre el deseo lo atyza y lo abiua.

Anexo 6

Texto extraído de las anotaciones de Herrera a Garcilaso:

Es figura epímone o continuación cuando el mismo o la sentencia se enxiere muchas vezes. Si semejantes versos repetidos tantas vezes se colocan al principio, se dizen proasmas o precanciones, que en nuestra lengua sinifica (si se sufre dalle este nombre) antecanto; i es lo que en la iglesia se llama invitatorio; si en el fin, epodas; si en medio, intercalares o entrepuestos, porque intercalar es lo mismo que entreponer y entrexerir. Assí dixo Virgilio en la mesma Égloga:

«Incipe Maenalios mecum mea tibia versus.»

El modo de hablar traxo Garci Lasso de las Lamentaciones del dulcíssimo i maravillosamente afetuoso poeta Sánchez de Badajoz:

Lágrimas de mi consuelo,
qu' aveis hecho maravillas
i hazéis.
Salid, salid sin recelo
i regad estas mexillas
que soléis.

Anexo 7

Fragmento extraído del IV libro de *La Diana*, Jorge de Montemayor:

Yo conozco, Silvano, que los que aman reciben muchos trabajos y afliciones todo el tiempo que ellos no alcanzan lo que desean, pero después de conseguida la cosa deseada se les vuelve en descanso y contentamiento, de manera que todos los males que pasaban más proceden del deseo que de amor que tengan a lo que desean. “Bien parece que hablas en mal que no tienes experimentado —dijo Silvano—, porque el amor de aquellos amantes cuyas penas cesan después de haber alcanzado lo que desean no procede su amor de la razón, sino de un apetito bajo y deshonesto.

Selvagia, Belisa y la hermosa Cintia estaban tratando cuál era pastora la razón por que en ausencia las más de las veces se resfriaba el amor. Belisa no podía creer que por nadie pasase tan gran deslealtad, diciendo que, pues siendo muerto el su Arsileo y estando bien segura de no verle

más le tenía el mismo amor que cuando vivía, que cómo era posible ni se podía sufrir que nadie olvidase en ausencia los amores que algún tiempo esperase ver. La ninfa Cintia le respondió:

—No podré, Belisa, responderte, con tanta suficiencia como por ventura la materia lo requería, por ser cosa que no se puede esperar del ingenio de una ninfa como yo, mas lo que a mí me parece es que cuando uno se parte de la presencia de quien quiere bien la memoria le queda por ojos, pues solamente con ella ve lo que desea. Esta memoria tiene cargo de representar al entendimiento lo que contiene en sí, y del entender la persona que se ama viene la voluntad, que es la tercera potencia del ánima, a engendrar el deseo, mediante el cual tiene el ausente pena por ver aquel que quiere bien. De manera que todos estos efectos se derivan de la memoria, como de una fuente, donde nace el principio del deseo. Pues habéis de saber agora, hermosas pastoras, que como la memoria sea una cosa que cuanto más va más pierde su fuerza y vigor, olvidándose de lo que le entregaron los ojos, así también lo pierden las otras potencias, cuyas obras en ella tenían su principio, de la misma manera que a los ríos se les acabaría su corriente si dejasen de manar las fuentes adonde nacen; y si como esto se entiende en el que parte se entendiera también en el que queda.

Anexo 8

Fragmento extraído de la obra *Otra lectura del Quijote*, Bienvenido Morros:

Esa es la razón de su hibridismo: en ocasiones adquiere las cualidades de seco y caliente, las propias del temperamento colérico, mientras que en otras recibe las de seco y frío, las conforme al melancólico, pero en los dos casos la cualidad variable alcanza una intensidad muy superior a lo normal, y esa intensidad es lo que la hace diferente a la cólera y a la melancolía naturales. [...] Al secarse y calentarse la cavidad cerebral en que suele situarse (el ventrículo central), por invasión de la bilis amarilla, las facultades de la imaginación sufren alteraciones importantes: no sólo enjuician erróneamente las representaciones sensoriales (*cogitatio* y *estimatio*), sino que también incrementan la posibilidad de producir otras nuevas, verdaderas quimeras o monstruos.

Anexo 9

Texto de Agostino Nifo que aparece en la obra *Otra lectura del Quijote*, Bienvenido Morros:

Pero los melancólicos, en tanto fríos, no tienen apetito, y el apetito emerge de un calor abundante, y en tanto secos, no pueden, al carecer de la humedad que suele transformarse en naturaleza seminal. Aristóteles, sin embargo, afirma lo contrario, pero remito a los médicos. Los coléricos tienen apetito, porque exceden en calor, que fácilmente se mueve hacia los lugares seminales; sin embargo no pueden, porque carecen de la humedad que suele convertirse en semen.

Anexo 10

Monólogo de Hamlet en el acto II, escena II:

I will tell you why. So shall my anticipation prevent
your discovery, and your secrecy to the King
and Queen moult no feather. I have of late –but
wherefore I know not –lost all my mirth, forgone
all custom of exercise. And indeed it goes so heavily
with my disposition that goodly frame, the
earth, seems to me a sterile promontory. This most
excellent canopy, the air, look you, this brave
o’erhanging firmament, this majestical roof fretted
with golden fire –why, it appears no other thing
to me than a foul and pestilent congregation of
vapours. What a piece of work is a man, how
noble in reason, how intinite in faculty, in form
an moving how express and admirable, in action
how like an angel, in apprehension how like a
god: the beauty of the world, the paragon of animals!
And yet to me what is this quintessence of dust?
Man delights not me – no, nor woman neither,
Though by your smiling you seem to say so.

Y más Adelante, en otro monólogo añade:

I know my course. The spirit that I have seen
May be a devil, an the devil hath power
T’assume a pleasing shape, yea, and perhaps
Out of my weakness and my melancholy –
As he is very potent with such spirits –
Abuses me to damn me. I’ll have grounds
More relatively than this.

Anexo 11

Monólogo de Segismundo en el que se identifican los cuatro elementos:

¡Ay, mísero de mí, ay, infelice!

Apurar cielos pretendo,
Ya que me tratáis así,
Qué delito cometí
Contra vosotros, naciendo.
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido:
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber
Para apurar mis desvelos
Dejando a una parte, cielos,
El delito de nacer,
Qué más os pude ofender
Para castigarme más.
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
Que yo no gocé jamás?
Nace el ave y con las galas
Que le dan belleza suma,
Apenas es flor de pluma
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas salas
Corta con velocidad,
Negándose a la piedad
Del nido que deja en calma
¿y teniendo yo más alma,
Tengo menos libertad?
Nace el bruto, y con la piel
Que dibujan manchas bellas,
Apenas signo es de estrellas.
Gracias al docto pincel,
Cuando atrevida y cruel
La humana necesidad
Te enseña a tener crueldad,
Monstruo de su laberinto;
¿y yo, con mejor distinto,
Tengo menos libertad?
Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y apenas, bajel de escamas,
Sobre ondas se mira,
Cuando todas partes gira,
Midiendo la inmensidad

De tanta capacidad
Como le da el centro frío;
¿y yo, con más albedrío,
Tengo menos libertad?
Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata,
Y apenas, sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando músico celebra
De los cielos la piedad,
Que le dan la majestad
Del campo abierto a su ida;
¿y teniendo yo más vida
Tengo menos libertad?

Anexo 12

Fragmento de los pensamientos que escribió Pascal y que precede a la carta filosófica de Voltaire refutando sus argumentos:

Sigamos nuestros movimientos, observémonos a nosotros mismos, y veamos si no encontraremos los caracteres vivos de esas dos naturalezas. ¿Acaso tantas contradicciones se encontrarían en un sujeto simple? Esta duplicidad del hombre es tan visible que hay quien ha pensado que teníamos dos almas, pues un sujeto simple les parecía incapaz de tales y tan súbitas variaciones, de una presunción desmesurada aun horrible abatimiento de corazón.

Anexo 13

Argumentos que utiliza Voltaire en su carta “Sobre los pensamientos del Sr. Pascal”:

El hombre parece estar en su lugar en la naturaleza, superior a los animales, a los que es semejante por sus órganos, inferior a otros seres, a los que se parece probablemente por el pensamiento. Es, como todo lo que vemos, una mezcla de mal y bien, de placer y dolor. Está dotado de pasiones para actuar y de razón para gobernar sus acciones. Si el hombre fuese perfecto, sería Dios, y esas pretendidas contrariedades, que llamáis *contradicciones*, son los ingredientes necesarios que entran en el compuesto del hombre, que es lo que debe ser.

[...] Si uno sólo de esos órganos está un poco alterado, es necesario que cambie todas las impresiones del cerebro, y que el animal tenga nuevos pensamientos y nuevas voluntades. Es muy cierto que ora estamos abatidos por la tristeza ora hinchados de presunción, y así debe ser cuando nos encontramos en situaciones opuestas.

Anexo 14

Esta palabra, derivada del griego, significa *emoción de las entrañas, agitación interior*. ¿Inventaron esta palabra para expresar las sacudidas que experimentan los nervios, la dilatación y la contracción de los intestinos, las violentas contracciones del corazón, el flujo precipitado de los espíritus del fuego, que suben desde las entrañas al cerebro, cuando uno está vivamente afectado?

O bien, ¿se dio, en principio, este nombre de *entusiasmo*, de turbación de las entrañas, a las contorsiones de aquella Pitia quien, en el trípode de Delfos, recibía el espíritu de Apolo por un lugar que sólo parece estar hecho para recibir cuerpos?

¿Qué entendemos por entusiasmo? ¡Cuántos matices en nuestros afectos! Aprobación, sensibilidad, emoción, inquietud, sobrecogimiento, pasión, arrebato, demencia, furor, rabia; esos son todos los estados por los que puede pasar esta pobre alma humana.

Un geómetra asiste a una tragedia conmovedora; solamente observa que está bien dirigida. Un joven, que está a su lado, está conmovido y no observa nada; una mujer llora; otro joven está tan embelesado que, para su desgracia, se propone también hacer una tragedia: ha cogido la enfermedad del entusiasmo.

[...] Ovidio no hablaba del amor más que con ingenio. Safo expresaba el entusiasmo de esta pasión y, si es verdad que le costó la vida, es que el entusiasmo, en ella, se convirtió en demencia.

El partidismo dispone maravillosamente al entusiasmo. No existe ninguna facción que no tenga sus energúmenos.

El entusiasmo es sobre todo la parte de la devoción mal entendida. El joven faquir que ve la punta de su nariz al hacer sus plegarias se inflama gradualmente hasta crees que, si se carga de cadenas que pesen cincuenta libras, el Ser Supremo le estará muy agradecido. Duerme con la imaginación repleta de Brahma, y hasta le ve en sueños. Algunas veces, incluso, en ese estado en

el que no se está ni dormido ni despierto, le salen chispas de los ojos, ve a Brahma resplandeciente de luz, tiene éxtasis, y esta enfermedad, a menudo, es incurable.

Lo raro es unir la razón con el entusiasmo; la razón consiste en ver siempre las cosas como son. El que ve objetos en la embriaguez, es porque está privado de razón.

El entusiasmo es como el vino, puede causar tantas perturbaciones en los vasos sanguíneos, y tan violentas vibraciones en los nervios, que la razón llega a destruirse completamente. Es posible que sólo cause pequeñas sacudidas que únicamente proporciona al cerebro un poco más de actividad. Es lo que ocurre en los grandes arrebatos de elocuencia, y sobre todo en la poesía sublime. El entusiasmo razonable patrimonio de los grandes poetas.

El entusiasmo razonable es la perfección de su arte; es lo que hizo creer en otro tiempo que estaban inspirados por los dioses, y es lo que nunca se ha dicho de los demás artistas.

¿De qué manera el razonamiento puede gobernar al entusiasmo? Un poeta dibuja primero la disposición de su cuadro, en ese momento la razón domina el lápiz. Pero en el momento que quiere animar sus personajes y darles el carácter de las pasiones, entonces la imaginación se inflama, actúa el entusiasmo: es como un corredor que se acalora en su carrera, pero la carrera está perfectamente planeada.

Anexo 15

Texto extraído de *Tranquillitate animi*, Séneca:

Todos se hallan en el mismo caso, tanto estos que se sienten agobiados por su liviandad y su hastío y los continuos cambios de sus planes, a quienes siempre gustan más los que han abandonado, como aquellos que languidecen y bostezan. Añade a los que, no de otro modo que quienes tienen un sueño difícil, se giran y ponen de esta forma y de aquella hasta que encuentran el reposo gracias al cansancio: modificando continuamente su estilo de vida, se quedan por último en aquel en que los atrapa no la aversión a cambiar, sino la vejez reacia a innovar. Añade también aquellos que son poco tornadizos no por culpa de su constancia, sino de su indolencia, y viven no como quieren, sino como empezaron.

Anexo 16

A Jovino: el melancólico

ArribaAbajo Quando la sombra fúnebre, y el luto
De la lóbrega noche el mundo envuelven
En silencio y horror, que quando en tranquilo
Reposo los mortales las delicias
Gustan de un blando saludable sueño; 5
Tu amigo solo en lágrimas bañado
Vela, Jovino, y al dudoso brillo
De una cansada luz, en tristes ayes
Contigo alivia su dolor profundo.

¡Ah! ¡quan distinto en los fugaces días 10
De sus venturas y soñada gloria,
Con grata voz tu oído regalaba!
Quando ufano y alegre, seducido
De crédula esperanza al fausto soplo,
Sus ansias, sus delicias, sus deseos 15
Depositaba en tu amistad paciente,
Burlando sus avisos saludables.
Huyeron prestos como frágil sombra,
Huyeron estos días; y al abismo
De la desdicha el mísero ha baxado. 20

Tú me juzgas feliz... ¡O si pudieras
Ver de mi pecho la profunda llaga,
Que ya sangre vertiendo noche y día!
¡O si del vivo, del letal veneno
Que en silencio le abrasa, los horrores, 25
La fuerza conocieses! ¡Ay Jovino!
¡Ay amigo! ¡ay de mí! Tú solo a un triste,
Leal confidente en su miseria extrema,
Eres salud y suspirado puerto.
En tu fiel seno, de bondad dechado, 30
Mis infelices lágrimas se vierten
Y mis querellas sin temor; piadoso
Las oye, y mezcla con mi llanto el tuyo.
Ten lástima de mí: tú solo existes,
Tú solo para mí en el universo. 35
Do quiera vuelvo los nublados ojos
Nada miro, nada hallo que me canse
Sino agudo dolor o tedio amargo.
Naturaleza en su hermosura varia
Parece que a mi vista en luto triste 40

Se envuelve umbría, y que sus leyes rotas,
Todo se precipita al caos antiguo.

Sí, amigo, sí: mi espíritu insensible
Del vivaz gozo a la impresión suave,
Todo lo anubla en su tristeza oscura, 45
Materia en todo a más dolor hallando,
Ya este fastidio universal que encuentra
En todo el corazón, perene causa.
La rubia aurora entre rosadas nubes
Plácida asoma su risueña frente 50
Llamando al día, y desvelado me oye
Su luz molesta maldecir, los trinos
Con que las dulces aves la alborean
Turbando mis lamentos importunos.
El sol velando en centellantes fuegos 55
Su inaccesible magestad, preside
Qual rey al universo, esclarecido
De un mar de luz que de su trono corre;
Yo empero huyendo dél sin cesar llamo
La negra noche, y a sus brillos cierro 60
Mis lagrimosos fatigados ojos.
La noche melancólica al fin llega
Tanto anhelada; a lloro más ardiente,
A más gemidos su quietud me irrita.
Busco angustiado el sueño; de mí huye 65
Despavorido, y en vigilia odiosa
Me ve desfallecer un nuevo día,
Por él clamando detestar la noche.

Así tu amigo vive: en dolor tanto,
Jovino, el infelice de ti lejos, 70
Lejos de todo bien sumido yace.
¡Ay! ¿dónde alivio encontraré a mis penas?
¿Quién pondrá fina mis extremas ansias?
¿O me dará que en el sepulcro goze
De un reposo y olvido sempiternos?... 75
Todo, todo me dexa y abandona.
La muerte imploro, y a mi voz la muerte
Cierra dura el oído: la paz llamo,
La suspirada paz que ponga al menos
Alguna leve tregua a las fatigas 80
En que el llagado corazón guerrea:
Con fervorosa voz en ruego humilde
Alzo al cielo las manos; sordo se hace
El cielo a mi clamor; la paz que busco

Es guerra y turbación al pecho mío. 85

Así huyendo de todos, sin destino,
Perdido, extraviado, con pie incierto,
Sin seso corro estos medrosos valles,
Ciego, insensible a las bellezas que hora
Al ánimo do quiera reflexivo 90

Natura ofrece en su estación más rica.
Un tiempo fue que de entusiasmo lleno
Yo las pude admirar, y en dulces cantos
De gratitud holgaba celebrarlas
Entre éxtasis de gozo el labio mío. 95

¡O como entonces las opimas mieses,
Que de dorada arista defendidas
En su llena sazón ceden al golpe
Del abrasado segador! ¡o como

La ronca voz, los cánticos sencillos 100
Con que su afán el labrador engaña,
Entre sudor y polvo revolviendo
El rico grano en las tendidas eras,
Mi espíritu inundaran de alegría!

Los recamados centellantes rayos 105
De la fresca mañana, los tesoros
De llama inmensos que en su trono ostenta,
Magestuoso el sol, de la tranquila
Nevada luna el silencioso paso,

Tanta luz como esmalta el velo hermoso 110
Con que en sombras la noche envuelve el mundo,
Melancólicas sombras, jamás fueran
Vistas de mí, sin bendecir humilde
La mano liberal, que omnipotente
De si tan rica muestra hacernos sabe: 115
Jamás lo fueran, sin sentir batiendo
Mi corazón en celestial zozobra.

Tú lo has visto, Jovino, en mi entusiasmo
Perdido, dulcemente fugitivas
Volárseme las horas... Todo, todo 120
Se trocó a un infeliz: mi triste musa
No sabe ya sino lanzar suspiros,
Ni saben ya sino llorar mis ojos,
Ni más que padecer mi tierno pecho.
En él su hórrido trono alzó la obscura 125
Melancolía, y su mansión hicieran
Las penas veladoras, los gemidos,
La agonía, el pesar, la queja amarga,

Y quanto monstruo en su delirio infausto
La azorada razón abortar puede. 130

¡Ay! ¡si me vieses elevado y triste,
Inundando mis lágrimas el suelo,
En él los ojos, como fría estatua
Inmóvil y en mis penas embargado,
De abandono y dolor imagen muda! 135
¡Ay! ¡si me vieses! ¡ay! ¡en las tinieblas
Con fugaz planta discurrir perdido,
Bañado en sudor frío, de mí propio
Huyendo y de fantasmas mil cercado!

¡Ay! ¡si pudieses ver... el devaneo 140
De mi ciega razón, tantos combates,
Tanto caer y levantarme tanto,
Temer, dudar y de mi vil flaqueza
Indignarme afrontado, en vivas llamas
Ardiendo el corazón al tiempo mismo! 145
¡Hacer al cielo mil fervientes votos,
Y al punto traspasarlos... el deseo...
La pasión, la razón ya vencedores...
Ya vencidos huir!... Ven, dulce amigo,
Consolador y amparo, ven y alienta 150
A este infeliz, que tu favor implora.
Extiende a mí la compasiva mano,
Y tu alto imperio a domeñar me, enseñe
La rebelde razón: en mis austeros
Deberes me asegura en la escabrosa 155
Difícil senda que temblando sigo.
La virtud celestial y la inocencia
Llorando huyeran de mi pecho triste,
Y en pos de ellas la paz tú conciliarme
Con ellas puedes, y salvarme puedes. 160
No tardes, ven; y poderoso templa
Tan insano furor: ampara, ampara
A un desdichado que al abismo que huye,
Se ve arrastrar por invencible impulso;
Y abrasado en angustias criminales, 165
Su corazón por la virtud suspira.

Anexo 17

Monólogo de Tediato que introduce la obra *Las Noches Lúgubres* de José Cadalso:

¡Qué noche! La oscuridad, el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazón. El cielo también se conjura contra mi quietud, si alguna me quedara. El nublado crece. La luz de esos relámpagos... ¡qué horrorosa! Ya truena. Cada trueno es mayor que el que le antecede y parece producir otro más cruel. El sueño, dulce intervalo de las fatigas de los hombres, se turba. El lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cría la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos venerables; todo se inunda en llanto..., todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante... ¡Ay si fuese el último de mi vida! ¡Cuán grato sería para mí! ¡Cuán horrible! Más lo fue el día, el triste día que fue causa de la escena en que ahora me hallo.

Anexo 18

Texto que aparece en la introducción a *Los humores negros*:

Sólo el amor podría escapar al aburrimiento. Se trata del deseo de amar, siempre fugaz, que se desvanece cuando se hace realidad. Porque el otro, cuando por fin crea haber encontrado al ser amado, nunca estará a la altura del amor ideal. Además, el amor es demasiado social para no aburrir pero también demasiado asocial para no aburrir a los demás. Las parejas de los enamorados no sólo se aburren, aburren.

El amor termina siendo pues causa de aburrimiento, pero puede ser igualmente la consecuencia de la melancolía. Melancólico era Don Juan y por eso necesitaba irremediablemente el amor, como cura ilusoria de sus males.